

## EDUCACIÓN Y SOCIALIZACIÓN EN LA MODERNIDAD LÍQUIDA

JOSÉ MARÍA PÉREZ-AGOTE AGUIRRE  
Universidad Pública de Navarra

*Resumen: Partiendo del convencimiento de que el enfoque de la modernidad líquida es un buen punto de observación de la ontología del presente, este trabajo se interroga sobre el cambio de los procesos educativos y socializadores en la modernidad líquida a raíz de la crisis de la educación moderna. Se concluye que es necesario partir del conocimiento de las nuevas condiciones sociales de los procesos de socialización para poder intervenir educativamente en la elección de modelos de identidad y ciudadanía.*

### UNO

La teoría social no ha producido en la última década una metáfora más afortunada –en lo que a su difusión y aceptación se refiere– que la acuñada por Bauman para hacer inteligibles los cambios que están transformando el mundo a escala global, tanto en sentido procesual y estructural, es decir, independiente de la agencia humana individual y colectiva, como en lo atinente a su irrupción en la experiencia personal y descarnada de nuestra vida cotidiana. Me refiero, claro, al tropo de la modernidad líquida, cuyo fulgor deslumbrante ha eclipsado un tanto a aquellas otras figuras que fueron hijas de similares inquietudes. Es el caso de la modernidad reflexiva o la transmodernidad para quienes definen los parámetros del cambio desde el debate entre modernidad y postmodernidad; de la hiperdiferenciación o la desdiferenciación para aquellos que, comprendiendo las limitaciones de la ortodoxia funcionalista para dar cuenta de la naturaleza de ese cambio sociocultural, lo estudiaron partiendo de su propio lenguaje; y, finalizando este listado no exhaustivo, de la globalización o la era global, para quienes entendían que

la globalización era la característica dominante en el cambio<sup>1</sup>. En suma, este conjunto de conceptos nos habla de la necesidad de redefinir nuestro tiempo reelaborando su discurso autodescriptivo ante la evidencia ampliamente compartida de que el gran cambio experimentado en nuestras condiciones de vida cuestiona los fundamentos de la modernidad, sin aceptar el nihilismo absoluto de la postmodernidad radical. Cercanas a este enfoque, existen, desde luego, respuestas nada complacientes con la modernidad que se ofrecen como alternativa a la cuestión de la ontología del presente, como el *cyborg* de Haraway y el actor-red de Latour<sup>2</sup>. Pero no es este discurso el discutido en estas páginas.

El enfoque de la modernidad reflexiva, también conocida como segunda modernidad, modernidad tardía o segunda ilustración, ha tratado de reinscribir la postmodernidad en la modernidad desde una clave cosmopolita. En esta línea se ha desarrollado el trabajo de Anthony Giddens, David Held y Ulrich Beck, principales teóricos del cosmopolitismo; sin llegar hasta el extremo de Fehér y Heller<sup>3</sup> cuando afirman la condición parasitaria de la postmodernidad respecto de la modernidad, –pues aquella viviría de los logros y dilemas de ésta–, destacan entre aquellos que, asumiendo los retos planteados por los teóricos de la postmodernidad, concluyen que no estamos entrando en una nueva era, sino que asistimos a un conjunto de transformaciones e intensificaciones de los fenómenos modernos que hacen necesaria la distinción de una nueva etapa de la modernidad.

La modernidad líquida de Bauman comparte este compromiso entre modernidad y postmodernidad, pero lo alcanza desde una base diferente. Si los autores anteriores parten de la modernidad para establecer la continuidad que da cabida en ella a las transformaciones con las que identificaban el advenimiento postmoderno, Bauman sigue un trayecto inverso. Desde un punto de partida postmoderno –obviando su temprana filiación marxista– rescata el sentido de una modernidad fluida pero que no olvida sus fundamentos. Su posición nada tiene que ver con el posmarxismo de Laclau y Mouffe, que persigue una actualización del socialismo como democracia radicalizada a partir

<sup>1</sup> Para cada uno de estos conceptos, véase respectivamente y siguiendo el mismo orden: Ulrich BECK, Anthony GIDDENS y Scott LASH, *Modernización reflexiva. Política, tradición y estética en el orden social moderno*, Madrid, Alianza, 1997; Rosa María RODRÍGUEZ MAGDA, *Transmodernidad*, Barcelona, Anthropos, 2004; Stephen CROOK, Jan PAKULSKI & Malcom WATERS, *Postmodernization. Change in advanced society*, London, Thousand Oaks and New Delhi, SAGE, 2004; Scott LASH, *Sociología del posmodernismo*, Buenos Aires, Amorrortu, 1997; Martin ALBROW, *The global age. State and Society Beyond Modernity*, Cambridge, Polity Press, 1996; Roland ROBERTSON, “Glocalization: Time-Space and Homogeneity-Heterogeneity”, en Mike FEATHERSTONE, Scott LASH & Roland ROBERTSON (eds.), *Global modernities*, London, Thousand Oaks and New Delhi, SAGE, 1995.

<sup>2</sup> Véanse, respectivamente, Donna HARAWAY, *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la naturaleza*, Madrid, Cátedra, 1995 y Bruno LATOUR, *Reensamblar lo social: una introducción a la teoría del actor-red*, Buenos Aires, Ediciones Manantial, 2008.

<sup>3</sup> Ágnes HELLER y Ferenc FEHÉR, *Políticas de la postmodernidad. Ensayos de crítica cultural*, Barcelona, Península, 1989, pp. 149-161.

de la depuración crítica de las categorías y presupuestos anacrónicos, esto es, heterónomos, del materialismo histórico marxista<sup>4</sup>.

Lejos del academicismo más purista, Bauman se desentiende de las enconadas disputas acerca si tal o cual indicador *indica* una continuidad modernista o una ruptura postmodernista; quiere desentrañar el tiempo en que vivimos desde las nuevas y turbadoras condiciones en que han de desenvolverse las biografías individuales, analizando las dislocaciones entre éstas y la condición política y las múltiples paradojas y ambivalencias a que dan lugar. Por eso creo que nadie representa mejor que Bauman la confluencia del concepto de postmodernidad con el de una nueva etapa de la modernidad. Desde la publicación de *Modernidad y ambivalencia* en 1991 ha venido elaborando un gran y sugerente fresco de los procesos que han transformado el mundo contemporáneo que sobresale entre todos los esfuerzos teóricos emprendidos por las ciencias sociales.

Desde distintos ángulos –el significado de la libertad, el papel de los intelectuales, la cultura, el Estado, la globalización, el amor, el trabajo...– nos ha ilustrado sobre los efectos que aquellos fenómenos que mejor caracterizan nuestro tiempo –fragmentación, ambivalencia, contingencia, incertidumbre, riesgo...– producen en nuestras políticas de vida. Sin embargo, y a pesar de la total coherencia con que nos hablado de este proceso durante casi dos décadas, existe una evolución a la hora de escoger el concepto con que designarlo.

En *Intimations of postmodernity* Bauman sostenía que la condición social que emergió en la segunda mitad del siglo XX, si bien hundía íntimamente sus raíces en la forma moderna que esas mismas sociedades habían desarrollado entre los siglos XVII y XIX, suponía una transformación suficientemente significativa para reconocer en ella un modelo social con entidad propia que exigía una teoría sociológica específica. La postmodernidad podía ser definida como “una modernidad consciente de su propia naturaleza, –modernidad para sí misma”<sup>5</sup>.

Allí donde la modernidad veía peligrar o fracasar su sueño de universalidad, homogeneidad, monotonía y claridad –en el pluralismo institucionalizado, la variedad, la ambivalencia y la contingencia–, la postmodernidad reconoce sus características más conspicuas. De ahí la posibilidad de describirla a la vez como una modernidad que se emancipa de su falsa conciencia y como una nueva condición social que institucionaliza aquello que la modernidad no era capaz de aceptar. Pero no se trata de una crisis transitoria, una tendencia reversible, sino de una condición social autocontenida y definida

<sup>4</sup> Ernesto LACLAU y Chantal MOUFFE, *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Madrid, Siglo XXI, 1987.

<sup>5</sup> Zygmunt BAUMAN, *Intimations of postmodernity*, London & New York, Blackwell, Routledge, 1992, p. 187.

por sus propias características distintivas que ya no puede ser descrita históricamente en términos de movimiento en una dirección.

Como la teoría sociológica de la modernidad se construía sobre este principio, ya en forma de racionalización, ya de universalización o ya de sistematización, la teoría de la postmodernidad había de buscar un discurso propio, con sus adecuados conceptos y suposiciones<sup>6</sup>. Sin embargo, posteriormente, en lugar de radicalizar este discurso dedica su siguiente libro a explicar cómo la condición social postmoderna posee una correlativa condición moral que en nada coincide con el relativismo moral que proclama la muerte de la ética y su sustitución por la estética en un último acto de emancipación, erróneo credo abrazado por ciertos teóricos de la postmodernidad radical que son fustigados en la figura de Lipovetsky y su teoría del post-deber<sup>7</sup>. Lo que sucede es que “el mundo postmoderno” genera sus propios problemas morales y aflora en él una nueva agenda moral de la que forman parte las nuevas formas adoptadas por algunos de los viejos problemas, y para la cual las teorías éticas que hasta entonces guiaban la experiencia humana no ofrecen orientaciones válidas<sup>8</sup>.

Bajo el rubro de la postmodernidad, Bauman continuará analizando las transformaciones que están alterando el paisaje de la sociedad contemporánea hasta sustituirlo por el de la modernidad líquida, que subraya su permanencia en la modernidad pese a lo profundo del cambio sufrido. Reafirmando esa continuidad moderna llega a afirmar que “es demasiado pronto para celebrar el fin de las grandes narraciones, así como es innecesario, y tal vez incluso poco ético, a la luz de la experiencia moderna, lamentar que ya no existan”<sup>9</sup>. Sin embargo, el gradual colapso de esa ilusión de la modernidad temprana, la sociedad buena y justa, como *telos* de un cambio histórico alcanzable, es uno de los rasgos que mejor diferencia la modernidad líquida respecto de la modernidad primera. Su decadencia, junto con la desregulación y privatización de las tareas y responsabilidades de la modernización, dice Bauman, son las dos características más novedosas y diferentes de la nuestra forma de la modernidad<sup>10</sup>.

La modernidad líquida comparte con Giddens y Beck algunos de los rasgos que definen la segunda modernidad, como las instituciones *zombies*, el desanclaje espacio-temporal y, sobre todo, la individualización de las políticas de vida. La modernidad temprana, que halló los sólidos premodernos en un avanzado estado de desintegración, aspiraba a construir un nuevo orden

<sup>6</sup> Id., pp. 187-204.

<sup>7</sup> Gilles LIPOVETSKY, *El crepúsculo del deber. La ética indolora de los nuevos tiempos democráticos*, Barcelona, Anagrama, 1994.

<sup>8</sup> Zygmunt BAUMAN, *Postmodern ethics*, Oxford UK & Cambridge USA, Blackwell, 1993.

<sup>9</sup> Zygmunt BAUMAN, *En busca de la política*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001, p. 139.

<sup>10</sup> Zygmunt BAUMAN, *Modernidad líquida*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003, p. 34.

sólido y duradero, pero su naturaleza ambivalente, que empareja el orden con el caos, la libertad con el sometimiento, es incompatible con un estado de solidez duradero. Por el contrario, la fluidez es el estado permanente de la modernidad. Actualmente la disolución de los sólidos ha adquirido un nuevo significado y una nueva dirección, disolviendo las fuerzas que podrían mantener el orden y el sistema en la agenda política. “Los sólidos que han sido sometidos a la disolución, y que se están derritiendo en este momento, el momento de la modernidad fluida, son los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y las acciones colectivos –las estructuras de comunicación y coordinación entre las políticas de vida individuales y las acciones políticas colectivas–”<sup>11</sup>. El cambio radical conceptualizado tanto por la postmodernidad como por la segunda modernidad procede esencialmente, prosigue Bauman, de la culminación del desanclaje espacio-temporal desde que la aceleración temporal alcanza su límite natural: la instantaneidad. La principal consecuencia práctica es que el poder se ha vuelto extraterritorial en virtud de su capacidad tecnológica para desplazarse instantáneamente, lo que le libera de las técnicas espaciales de control. La presencia es innecesaria, el poder es pospanóptico, es nómada.

Para que el poder fluya, el mundo debe estar libre de trabas, barreras fortificadas y controles. Cualquier trama de nexos sociales, y particularmente una red estrecha con base territorial, implica un obstáculo que debe ser eliminado. Los poderes globales están abocados al desmantelamiento de esas redes, en nombre de una mayor y constante fluidez, que es la fuente principal de su fuerza y la garantía de su invencibilidad. Y el derrumbe, la fragilidad, la vulnerabilidad, la transitoriedad y la precariedad de los vínculos y redes humanos permiten que esos poderes puedan actuar<sup>12</sup>.

En definitiva, se puede afirmar que, aunque coincide con sociólogos como Beck y Giddens en cuanto respecta al rechazo de la postmodernidad como ruptura en favor de la emergencia de una nueva etapa de la modernidad en la que lo social y lo político no pierden su vigencia, su pensamiento –aunque repetitivo en sus últimas aportaciones– posee unas características que le permiten establecer una sintonía más fina con los fragmentarios rasgos que la definen. Y, en efecto, si la sociología de Giddens y Beck se conforma a la imagen de la vieja modernidad, erigiendo, sobre todo el primero, sólidas construcciones teóricas racionalizadoras y sistematizadoras, la sociología de Bauman, metafórica y fragmentaria a la manera de Simmel, es tan líquida como la modernidad que nos pinta, pero con una extraordinaria capacidad de trascender el fragmento y formular con la mayor abstracción las claves de los procesos que dominan nuestras políticas de vida. Esta facultad le habilita, además, para ofrecer allí donde se atascan los proyectos éticos diseñados para la segunda modernidad –cosmopolitismo o tercera vía en el caso de estos

<sup>11</sup> Id., pp. 11-12.

<sup>12</sup> Id., pp. 19-20.

sociólogos en concreto—, esto es, en la reincidencia universalista de su proyección ética, una vía mediante la cual ética y política establecen una nueva relación para la que ya no son necesarios legisladores, sino intérpretes.

## Dos

El rescate de lo social y de lo político en la refundación de la modernidad plantea nuevas incertidumbres y propone interrogantes de difícil respuesta. Uno de considerable importancia es si la sociedad ha de replantearse los procedimientos institucionales que regulan la incorporación de sus nuevos miembros. La disolución de las instituciones modernas pone en riesgo los procesos de socialización, muy especialmente los encomendados a los sistemas educativos, que sufren una creciente erosión de su función socializadora.

La primera modernidad, animada en principio por el optimismo pedagógico ilustrado, no tardó en agotar el carisma de los grandes proyectos de educación nacional, cuyas promesas de cambio social se vieron ahogadas por la burocratización disciplinaria de unos sistemas educativos que, a su vez, eran incapaces de cumplir los objetivos pedagógicos asignados por la sociedad al sistema y se veían atrapados en lo que Terrén llamó la espiral de la reforma<sup>13</sup>. Posteriormente la cultura de la sociedad de masas y las tendencias privatizadoras de la educación globalizada producirán nuevos deterioros en la función socializadora de la escuela, que no sólo ve alejarse la esperanza de dar a luz un hombre nuevo en el que pudiera encarnar el sueño emancipador de la modernidad, sino que va perdiendo su capacidad misma de formar personas. En este sentido, Arendt, hace ya cincuenta años que había formulado un certero diagnóstico de la crisis educativa de la modernidad, que achacaba a la paradoja de instituir una educación basada en la autoridad y la tradición en un mundo que ya no era regido por ninguno de estos conceptos<sup>14</sup>. Su juicio concordaba con el análisis sobre los cambios en los procesos de socialización del carácter y su impacto en el rol formativo de los maestros que Riesman publicó en Norteamérica en 1950<sup>15</sup>. Tanto estos autores como Adorno y Horkheimer captaron precursoramente las primeras señales de una crisis que aún no se ha cerrado. Allí donde hoy día la condición moderna está siendo profundamente trastocada, la propia condición de la niñez y de la juventud sufre cambios profundos, de manera que la transmisión de modelos de identidad y ciudadanía se ve seriamente amenazada.

---

<sup>13</sup> Eduardo TERRÉN, *Educación y modernidad. Entre la utopía y la burocracia*, Barcelona, Anthropos, 1999.

<sup>14</sup> Hannah ARENDT, *La crisis de la educación*, en Hannah ARENDT, *Entre el pasado y el futuro*, Barcelona, Península, 1996.

<sup>15</sup> David RIESMAN, *La muchedumbre solitaria*, Barcelona, Paidós, 1981.

Así como los teóricos de la modernidad reflexiva no han prestado una atención especial al papel que la educación pudiera jugar en la difusión e implantación de su proyecto cosmopolita, Bauman se ha preocupado ocasionalmente de la cuestión educativa. En *Legisladores e intérpretes*, el proyecto educativo ilustrado es despojado del aura de humanidad y progreso casi beatífico que el paso del tiempo ha consagrado para desnudar sus limitaciones como intento desesperado de regular lo desregulado, de poner orden en un mundo en crisis en el que el pueblo, habiéndose debilitado los medios de control social, era percibido por las clases cultivadas como una amenaza para el orden social existente<sup>16</sup>. Un artículo posterior es dedicado al modo en que la crisis educativa de la postmodernidad, entendida –de un modo parecido al de Arendt– como la crisis de unas instituciones concebidas para un tipo de realidad distinto, afecta a la universidad<sup>17</sup>. Su última meditación sobre el tema relaciona el tiempo y la duración con el conocimiento y la educación, sosteniendo que los valores estables y el conocimiento duradero que se apreciaban en la educación clásica han pasado a ser desventajas en la modernidad líquida<sup>18</sup>. Pero es en *En busca de la política* donde ofrece su reflexión más incisiva sobre la educación.

En este ensayo, Bauman indaga sobre la posibilidad de establecer una sociedad autónoma constituida por individuos autónomos. Sólo en la medida, dice, en que los individuos tienen el derecho y los recursos necesarios para elegir y ejercitan su derecho sin cederlo o renunciar a él, la sociedad puede ser autónoma, es decir autogobernada y con capacidad de elección<sup>19</sup>. Bauman señala dos conjuntos de limitaciones que constriñen el acto de elección individual, la agenda de opciones y el código de elección. La primera se refiere al conjunto de alternativas disponibles, que durante la primera fase de la modernidad era establecida principalmente por la legislación. El código de elección designa el conjunto de reglas que indican al individuo qué opción es preferible y cuándo ha sido acertada o desacertada una elección. La educación era el principal instrumento para establecerlo<sup>20</sup>. Proporciona, sobre todo, los valores que guían las elecciones y distinguen las razones correctas de las incorrectas. Si la legislación divide las opciones en permitidas y punibles, la educación escinde el conjunto de opciones permitidas en “deseables-aconsejables-acertadas” y en “indeseables-desacertadas-desaconsejables”<sup>21</sup>. El declive de las instituciones, que en el caso del Estado se traduce en desregulación, supone el control de la agenda y del código por fuerzas no políticas,

<sup>16</sup> Zygmunt BAUMAN, *Legisladores e intérpretes. Sobre la modernidad, la posmodernidad y los intelectuales*, Buenos Aires, Universidad Nacional de Quilmas Editorial, 2005.

<sup>17</sup> Zygmunt BAUMAN, *La educación: bajo, por y a pesar de la postmodernidad*, en Zygmunt BAUMAN, *La sociedad individualizada*, Madrid, Cátedra, 2001.

<sup>18</sup> Zygmunt BAUMAN, *Los retos de la educación en la modernidad líquida*, Barcelona, Gedisa, 2007.

<sup>19</sup> Zygmunt BAUMAN, *En busca de la política*, Buenos Aires, FCE, 2001, p. 146.

<sup>20</sup> Id., p. 81.

<sup>21</sup> Id., p. 82.

principalmente el mercado. Es decir, los procesos de socialización van a ser colonizados por la cultura del consumo.

Sin embargo, este análisis es brillante pero incompleto. Ni la educación, cuyo ámbito es la familia y la escuela, es la única fuente de los códigos de valores, ni dichas instituciones han sido totalmente desactivadas como agencias de socialización. Ciertamente, el mercado y el consumo, infiltrados en los medios de comunicación de masas, constituyen una nueva fuente de heteronomía capaz de imponer sus códigos de elección. Pero, como sugiere Blanca Muñoz, nos encontramos ante una situación de competencia entre diversas instituciones socializadoras que proponen códigos alternativos. El grupo de pares y los medios ejercen un contra-aprendizaje respecto a la familia y la escuela, hasta el punto de que los medios externos podrían llegar a sustituir a la familia como fuente primordial de socialización. Los códigos basados en el placer de la satisfacción inmediata ofrecidos por aquellos son más atractivos que los ofrecidos por éstos, que exigen un esfuerzo cuya satisfacción es diferida en el tiempo. La memoria episódica a corto plazo prevalece sobre la memoria semántica a largo plazo y los códigos icónicos sobre los conceptuales, haciendo del sujeto un receptor pasivo<sup>22</sup>.

La cultura de masas de la sociedad global, certeramente denominada anticultura de masas por Blanca Muñoz, aparece como un nuevo modo de socializar heterónomamente en el que la ausencia de regulación aparente oculta el dictado del mercado. Se tolera la libertad de elección en la esfera de las políticas de vida en tanto significa libertad de consumo en el mercado cultural. Los códigos y referentes culturales, símbolos, arquetipos y representaciones se consumen ensamblados en los productos de industrias como el cine, la televisión, la música popular, la moda, los videojuegos y la tecnología de la comunicación, que moldean tanto la agenda como los códigos que determinan las elecciones individuales al margen de la educación reglada. Incluso la tradición es transformada en producto de consumo a modo de *pas-tiche* postmoderno.

Se cumple de nuevo con el afán de cambiarlo todo para que todo permanezca igual, que Horkheimer y Adorno tenían por principio regulador de la cultura de masas, si bien en su estadio postmoderno o tardomoderno, no sólo regula la industria cultural, sino que hace suya la producción y reproducción de la contingencia de los valores y la identidad, devenidos en objetos de consumo. Así, en la cultura de la globalidad neoliberal ser es consumir y el paso de la ética del trabajo a la estética del consumo observado por Bauman alcanza su apogeo acelerando la crisis del sistema educativo y descablando los procesos de socialización, que durante el advenimiento de la sociedad líquida son expuestos a un proceso de cambio irreversible.

---

<sup>22</sup> Blanca MUÑOZ, *Teoría de la pseudocultura. Estudios de la Sociología de la Cultura y de la Comunicación de Masas*, Madrid, Fundamentos, 1995, pp. 221-228.



Al tiempo que se propaga la estética del consumo y se extiende el imperio de la comunicación masiva, los clásicos agentes institucionales que participaban en el proceso de socialización de la primera modernidad contemplan cómo su densidad estructural comienza a disolverse en el flujo de lo incierto, fragmentario y contingente. En consecuencia, la familia, la iglesia, el sistema educativo, el grupo de pares y los medios de comunicación ven alterado el rol que desempeñan en el proceso. En la creciente liquidez del medio social sus propias funciones y formas organizacionales se vuelven contingentes en la medida que adoptan formas y principios plurales y flexibles y, aún teniendo en cuenta el peso de la cultura del consumo, devienen esferas de socialización más autónomas respecto de la sociedad integrada de la modernidad. Es el caso de la flexibilidad postfordista en los procesos secundarios de socialización que mantienen las organizaciones laborales, de la multiplicación de instituciones seculares que comparten el papel de orientación espiritual y psicológica anteriormente monopolizado por la iglesia, y de las transformaciones que deconstruyen el modelo nuclear de la familia tradicional en el caso de los procesos de socialización primaria.

Unos dirán que estas instituciones adoptan una forma postmoderna, como Elkind respecto a la socialización en la familia y la escuela. Beck añadiría que si tratan de resistirse a la fuerza del flujo reforzando sus anclajes en los viejos y sólidos cimientos de la modernidad corren el riesgo de transformarse en instituciones *zombies*. Otros, como Dubet, afirman en clave tardomoderna que la sociedad asiste a un declive de sus instituciones caracterizado primordialmente por la descomposición de sus respectivos procesos socializadores<sup>23</sup>. Ese declive corre parejo con los procesos de individuación característicos de la hipótesis tardomoderna del cambio, aceptada también por quienes, como Furlong y Cartmel, aportan una base empírica que justifica sus reservas respecto de su alcance.

En la familia permeable postmoderna los límites entre hogar y lugar de trabajo, niño y adulto, vida privada y vida pública son porosos debido al acceso de la mujer al mercado de trabajo, a la tendencia a considerar que los niños son sujetos de derechos en pie de igualdad con los adultos y, por supuesto, por el impacto de los medios y de las nuevas tecnologías de la comunicación y la información. Éstos también disuelven los límites entre la escuela y, respectivamente, el hogar familiar y la sociedad general<sup>24</sup>.

La cuestión de mayor interés en esta discusión es si la familia postmoderna contribuye a erosionar aún más la capacidad socializadora del sistema educativo. Elkind sostiene que la permeabilidad entre la familia y la escuela suprime la división de responsabilidades entre ambas instancias, de modo

<sup>23</sup> François DUBET, *Le Déclin de l'institution*, Paris, Éditions du Seuil, 2002.

<sup>24</sup> David ELKIND, "La escolaridad y la familia en el mundo posmoderno", en Andy HARGREAVES (comp.), *Replantear el cambio educativo: un enfoque renovador*, Buenos Aires, Amorrortu, 2003, pp. 56-75.

que los padres colaboran con los profesores en la educación de sus hijos. Sin embargo se observa también una transferencia de responsabilidades educativas de ésta a la escuela. Los profesores se ven desbordados por las nuevas demandas que recaen sobre ellos al serles exigidas tareas antes desempeñadas por los padres. Además de no sentirse preparados para desempeñarlas, se trata de responsabilidades que no creen que deban ser asumidas por escuelas e institutos. Las denuncias de padres a profesores y centros educativos por no atajar casos de acoso o matonismo es un ejemplo de cómo los padres delegan responsabilidades, con la pretensión de que la escuela conozca y resuelva problemas que ellos no se sienten capaces de resolver.

### TRES

Los procesos de individualización, diversificación de las políticas de vida o de invención de la identidad (*invention de soi*) no se reducen a la formación de identidades o culturas jóvenes narcisistas o hedonistas, aunque la culturas postmodernas juveniles constituyen una de sus concreciones posibles. En realidad forman parte de la creciente contingencia en que se forman la identidad y la conciencia alterando los procesos de socialización clásicos en forma de una pérdida de su control heterónimo por parte de la familia y la escuela. La cuestión a dilucidar es si las nuevas generaciones de jóvenes asumen el control ejerciendo la libertad de elección para inventar autónomamente su identidad en la contingencia, si quienes lo toman son otras agencias –los medios de comunicación de masas secundados por el grupo de pares–, o bien si se da un nuevo reparto de poderes.

Las narraciones de la emergente condición cultural de la juventud son múltiples, desde las tribus de Maffesoli y Feixa a la cultura postmoderna de la competitividad narcisista de Luis Enrique Alonso<sup>25</sup>. Giroux se ha ocupado del tema acuñando el concepto de juventud fronteriza (*border youth*) y Melucci trata de la formación de la identidad como construcción del límite.

La “cultura postmoderna de la competitividad narcisista” es la seña de identidad de ciertos sectores juveniles bien integrados y caracterizados por detentar un individualismo posesivo, liberal y meritocrático. Esta cultura juvenil habría oscurecido la presencia de subculturas defensivas replegadas sobre lo local, el microgrupo y el consumo de bienes de ocio relativamente baratos, donde los individuos devienen “sujetos frágiles y vulnerables que se repliegan sobre sí mismos”, sin proyecto político al que acogerse y sin capacidad de construir formas expresivas contraculturales con una resonancia social similar a las de períodos anteriores<sup>26</sup>.

---

<sup>25</sup> Michel MAFFESOLI, *El tiempo de las tribus. El declive del individualismo en las sociedades de masas*, Barcelona, Icaria, 1991; Carles FEIXA, *De jóvenes, bandas y tribus*, Barcelona, Ariel, 2006; Luis Enrique ALONSO, *Trabajo y posmodernidad: el empleo débil*, Madrid, Fundamentos, 2000.

<sup>26</sup> Luis Enrique ALONSO, *Trabajo y posmodernidad: el empleo débil*, p. 177.

La juventud fronteriza recaba a una generación entre los 18 y los 25 años que vive la inestabilidad y la transitoriedad en un contexto cultural postmoderno, caracterizado por la pluralidad y la contingencia de los referentes psicológicos, económicos e intelectuales de la identidad y de los espacios lingüísticos y culturales que habita<sup>27</sup>. Pero el interés de Giroux es cultivar la pedagogía crítica capaz de conectar con esta juventud fronteriza que considera menos como un grupo social preciso que como un conjunto de actitudes y sensibilidades distópicas que cruza los límites de la estratificación social moderna. Es un referente que pedagogizar que no está construido sociológicamente, sino metafóricamente mediante el recurso a elementos narrativos cinematográficos. Precisamente este es el punto en que Furlong y Cartmel acotan el proceso de individualización de la identidad, descubriendo cómo es encauzado por limitaciones estructurales de clase y género<sup>28</sup>. También Roberts encuentra que las investigaciones sobre la juventud en los antiguos países del bloque comunista confirman un extraordinario peso de las limitaciones estructurales sobre el ejercicio de las elecciones individuales<sup>29</sup>. Por el contrario, Evans constata la importancia de la elección y la incertidumbre en las biografías de los jóvenes europeos. Como en otras ocasiones, la evidencia empírica respalda posturas contradictorias<sup>30</sup>.

Es Melucci quien aborda en profundidad el problema de la formación de la identidad individual en la ambivalencia y la contingencia de una condición postmoderna que también es liberada de la constricción ejercida por la estructura social. La contingencia, el consumo, la conciencia del tiempo, la finitud en relación con la mortalidad, las fuentes de la moral y los procesos de búsqueda de sentido confluyen en un proceso de autoconstitución de la identidad enclavado en la necesidad de establecer límites, pues no hay individuo si no hay límites<sup>31</sup>.

Melucci no establece la cohorte juvenil con la precisión temporal de Giroux, sino que habla de la prolongación de la juventud y la adolescencia más allá del límite biológico que la distingue de la madurez –entendida como capacidad de responder a la pregunta ¿quién soy yo?– y confiere a la condición de joven una naturaleza simultáneamente biológica y cultural. Los límites que eran impuestos por la estructura social y por la biología, en la postmodernidad pueden ser elegidos llegando incluso a prescindir de ellos perdiendo al tiempo la propia identidad. El adolescente pierde las fuentes de

<sup>27</sup> Henry GIROUX, “Educación posmoderna y generación juvenil”, en *Nueva Sociedad* 146 (1996) 148-167.

<sup>28</sup> Andy FURLONG y Fred CARTMEL, *Young people and social change. Individualization and risk in late modernity*, Buckingham, Philadelphia, Open University Press, 1997.

<sup>29</sup> K. ROBERTS, “Change and continuity in youth transitions in Eastern Europe: Lessons for Western Sociology”, en *The Sociological Review* 51/4 (2003) 484-505.

<sup>30</sup> K. EVANS, “Taking control of their lives? The Youth, Citizenship and Social Change Project”, en *European Educational Research Journal* 1/3 (2002) 497-521.

<sup>31</sup> Alberto MELUCCI, *Vivencia y convivencia. Teoría social para una era de la información*, Madrid, Trotta, 2001.

certeza para establecer su identidad. El amplio abanico de experiencias disponible hoy no se corresponde con las experiencias concretas que someten a los individuos a sus límites. Ya no se identifica con los valores paternos, ni el contexto general le proporciona indicadores fiables acerca de lo que está mal y lo que está bien, es decir, de la moral y de la ley, y, en definitiva, del límite. Sin embargo, fijarlo es una necesidad que se percibe como algo cada vez más difícil de satisfacer, algo casi imposible en la sociedad de consumo.

La sociedad ofrece un campo de posibilidades que va mucho más allá de la capacidad individual de experiencia, y, por ello, la elección de nuestros límites es algo que pasa a depender de nosotros mismos. Es el adolescente quien resulta más sensible a este ensanchamiento de posibilidades, y lo es en tres sentidos básicos: se le ofrecen posibilidades de experiencia casi infinitas en los campos cognitivo y emocional, ya que puede conocer y probar todo. Todas las elecciones y las decisiones, además, están sujetas al principio de reversibilidad, todas pueden ser cambiadas. Y toda construcción simbólica puede ser sustituida por los contenidos materiales de la experiencia, todo puede ser imaginado<sup>32</sup>.

#### CUATRO

En la medida en que la incertidumbre se apodera del horizonte vital de los jóvenes, su proyecto de vida se debate en ella. Reducirla sin recaer en nuevas formas de heteronomía es el reto de la educación en la modernidad líquida. Incertidumbre, riesgo y crisis de sentido son formas diversas de definir el problema, que en el contexto de la globalización, está debilitando las capacidades y posibilidades de la agencia humana, substituida por los dictados del mercado, como diría Giddens. La progresiva fragmentación y pérdida de validez universal de los sistemas de valores y el afloramiento de nuevos ámbitos de contingencia hacen de la libertad de elección la condición necesaria de la acción.

Bauman prefiere decir que en esta situación aflora lo que llama *Unsicherheit*, concepto en el que se fusiona la incertidumbre, la inseguridad y la desprotección y frente a la cual las sociedades avanzadas se refugian en el fundamentalismo. Para Berger y Luckmann se trata de la propagación de una crisis de sentido estructural que no puede ser superada o eliminada por restauraciones fundamentalistas de la tradición, que sólo son factibles apelando a la coacción, o al relativismo. La opción relativista supone tratar de mantener sistemas de valores y de sentido comunes, lo que en términos postmodernos significa trasladar "el pluralismo de la sociedad al interior del individuo acosado". Sólo las instituciones intermedias, que "median entre el individuo y los patrones de experiencia y acción establecidos en la sociedad", pueden paliar las consecuencias negativas de la diferenciación estructural

---

<sup>32</sup> Id., p. 144.

y el pluralismo moderno restaurando el sentido en pequeños mundos de la vida en los que la pluralidad de sentidos no es simplemente consumida, sino apropiada comunicativamente para sustentar una “comunidad de sentido y vida”. Este tipo de comunidad puede ser encarnada por la familia, un grupo parroquial, un grupo de psicoterapia y esas asociaciones de diferente tipo que pueden, como piensa Bauman, servirnos de perchero<sup>33</sup>. De manera que, tanto éstos como aquél, partiendo de una visión similar de la modernidad, ubican nuestra contemporaneidad en posiciones antagónicas, próxima a un comunitarismo antipostmoderno *sui generis*, la posición de Berger y Luckmann y afín a un cosmopolitismo filopostmoderno también *sui generis* la de Bauman, aunque compartiendo, sin embargo, la habermasiana convicción acerca de la relevancia de la dimensión comunicativa para articular un modelo de convivencia social.

En cualquier caso, para el adolescente, como observa Melucci, esta vivencia viene a ser una carga que se suma a las fuentes de incertidumbre que siempre han sido propias de su edad y en la que la experiencia del tiempo es central. El tiempo es considerado en este contexto como el horizonte en el que los individuos ordenan sus elecciones y su comportamiento, pues la biografía y la identidad individual se despliegan mediante la ordenación y organización en secuencias temporales de los acontecimientos significativos y de sus valencias emocionales. Pero es un horizonte amenazado.

Sin embargo, Joas encuentra poco convincente la relación entre la experiencia de la incertidumbre y la libre elección de la identidad individual, a la que subyace el problema de la restauración de la ética partiendo de las fuentes presociales de la moral<sup>34</sup>. Por una parte, dice observar bastante certeza a su alrededor y, por otra, afirma que del hecho de que la identidad no sea injertada en las personas no se deduce que sea elegida libremente, sino que surge de lo que James llama rendición (*self-surrender*) en *Las variedades de la experiencia religiosa*. Se trata de una experiencia de entrega de uno mismo a algo que nos convierte en lo que queremos ser y que nos hace sentirnos conmovidos, incluso anonadados. Como aspiración, la rendición parece connotarse claramente con los procesos de fusión con la masa descritos por Gurvitch, por Feixa respecto a ciertas subculturas juveniles y que en el contexto postmoderno se describen en la experiencia musical del *tecno*, el *rave*, etc.<sup>35</sup>

Pero, de la misma manera que Joas dice no observar esa incertidumbre a su alrededor, tampoco es dado observar procesos en los que la identidad se adquiera por esa suerte de comunión mística con un arquetipo, un ideal o lo

<sup>33</sup> Peter BERGER y Thomas LUCKMANN, *Modernidad, pluralismo y crisis de sentido. La orientación del hombre moderno*, Barcelona, Paidós, 1997.

<sup>34</sup> Hans JOAS, *Guerra y modernidad. Estudios sobre la historia de la violencia en el siglo XX*, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 224-227.

<sup>35</sup> Como ejemplo de este tipo de experiencia musical véase Amparo LASÉN, “Notas de felicidad extrema. La experiencia musical *dance*”, en *Papeles del CEIC* 9 (2003) 1-8, <http://www.ehu.es/CEIC/papeles/9.pdf>

que se quiera que sea la fuente de aquello con lo que supuestamente uno se ve movido a identificarse con tanta intensidad. La prudencia invita a exigir mayor evidencia empírica y un mayor esfuerzo en producir la distinción entre lo que es imposición heterónoma de una identidad y la entrega de uno a lo que, no siendo uno, es otro y, de donde lo que de éste emana ha de figurar como heteronomía. En este sentido parece que la diferencia se halla en el origen y la dirección de la fuerza motriz de un proceso en que lo Uno es aspirado por lo Otro o es (auto)impulsado por lo Otro.

## CINCO

Obviamente el fin del proceso de socialización no es una tesis aceptable salvo como corolario de la proclamación del fin de la sociedad, de la precesión del simulacro. Mientras no se acepte tan aciago destino, empero, cabe reconocer en su crisis y en la de la educación el estigma de la experimentada por la modernidad, premisa de partida para afrontarlas. Claro que ya el hecho de aceptar que hay una crisis de socialización y educación que superar presupone renovar la fe en el optimismo pedagógico, aunque no necesariamente en los mismos términos que la modernidad ilustrada. En última instancia, el optimismo pedagógico reconoce la posibilidad de ligar una finalidad social a los procesos educativos y socializadores y, lo que es más, de orientarlos hacia la consecución de una finalidad predeterminada. De no mediar esta suposición el propósito de salvar esta crisis carecería de un sentido cuya manifestación inmediata es la reforma educativa.

Ahora bien, no se trata de dejarse llevar por el entusiasmo pedagógico ilustrado confiando en la idea de que la educación lo puede todo. La mera reforma de su legado educativo expresa una voluntad de mejorar la sociedad mediante la acción pedagógica que es digna de elogio, pero inútil por sí sola y sin antes definir las condiciones sociales de partida, que ni son las del tiempo ilustrado ni se parecen a las de cincuenta años atrás. Es por ello por lo que era necesario perfilar las nuevas condiciones sociales en que se desenvuelve el proceso de socialización si se aspira a orientar desde la educación los procesos de elección de la identidad y la ciudadanía.